

El desafío de la proyección al mundo

Sr. Maria Magdalena OP, Rieste-Lage

El equipo de preparación realizó todo el esquema en inglés. Así, el título en inglés para nuestro encuentro es, por decirlo así, el original: "La vida oculta de las monjas y su proyección al mundo". Nos llegó bastante tiempo llegar a la fórmula "proyección" y decidimos a adoptarla.

Igualmente, fue difícil encontrar nombre para el polo opuesto de nuestra vida oculta; asimismo no fue fácil encontrar un equivalente alemán para "proyección al mundo". Proyección literalmente, significa "esforzarse por algo", "agarrar algo". Esto no se corresponde bien con el significado propuesto en inglés.

Así seguí dándole vueltas y recordé que en un momento de nuestras discusiones, Fr. Manuel había intentado hacer un gesto que consistía en alargar los brazos y manos y abrirlos ampliamente. Abrirse uno mismo, darse uno mismo, es decir, un movimiento para hacer contacto y establecer una relación. "Proyección al mundo", que es como quiero describirlo; todo comienza con una disposición interna de

atención y con un vivo interés en los sucesos y desarrollo del mundo que atañen al destino de la humanidad. Empezando desde una disposición interna como esta, una comunidad puede tomar conciencia de que los sucesos, peticiones, encuentros que llegan de fuera del monasterio, pueden ser llamadas de Dios, que requieren no sólo nuestra oración como respuesta, sino que quizás también buscan cambiar nuestra forma de pensar y de vivir.

Me gustaría ahora dar un ejemplo de esto, y contar cómo han cambiado el pensamiento y la vida en nuestra comunidad, después de experimentar el desafío de bastantes circunstancias externas y aparentemente mundanas.

Nuestra vieja, arruinada, oscura y destartalada casa en Klausen estaba cerrada al exterior de acuerdo a todas las prescripciones de Roma, incluso hasta la gruesa tapia de piedra que rodea la propiedad con cristales rotos en lo alto.

Durante nuestros últimos cinco años allí en los cuales buscamos en Klausen un edificio monástico mayor y más adecuado y habitable cerca y dentro de la misma diócesis, e incluso pensando en un edificio, para nosotras no hacía falta decir que un nuevo monasterio tendría naturalmente el recinto clara y marcadamente separado del exterior.

Y así, cuando recibimos un ofrecimiento "como llovido del cielo" desde otra diócesis del norte de Alemania, y nos invitaron a tomar posesión de un antiguo lugar monástico, resultó que no sólo teníamos que decidir a favor de una mudanza, sino también si, a través de estas circunstancias, aceptábamos ser desafiadas y cambiadas por unas condiciones de vida radicalmente distintas.

Nuestro viejo monasterio iba a ser demolido, y así desgraciadamente el suelo y los edificios sólo podían venderse por menos de su verdadero valor. De los proporcionalmente escasos beneficios, nuestra comunidad tenía una vez más que ocuparse de la cuestión de proveer fondos para las hermanas mayores, que es un requerimiento legal en Alemania.

Este fue el primer cambio: Ya no íbamos a poseer ninguna propiedad, ni casa, ni terreno. Nuestro actual y

bonito monasterio no nos pertenece a nosotras, sino a la diócesis, y nos hemos convertido en modestas arrendatarias del lugar y sus edificios.

La antigua encomienda del siglo XIII de los Caballeros de San Juan en el que ahora vivimos no fue concebido o edificado como un monasterio de clausura. Para poder cumplir con los requerimientos de las regulaciones de Roma relativas a la clausura, esto es, colocar una separación material del mundo significativa, tendría que haberse reconstruido totalmente el interior de este bello, antiguo e intacto lugar monástico (por ejemplo, la disposición de las habitaciones, las escaleras, vestíbulos, etc.). sin mencionar que esto habría costado una gran cantidad de dinero, y que el carácter del edificio se habría perdido completamente.

Así, por ejemplo, nuestra capilla está instalada en una gran habitación luminosa y cuadrada, que los cruzados de San Juan utilizaban en tiempos pasados como un “vestíbulo de confesión y comunión” como se ve en los viejos planos. Y hablando sobre arquitectura y conservación, habría sido impensable pretender este espacio con barreras o rejas en una capilla para las monjas y una capilla para los fieles. Las hermanas nos sentamos en un semicírculo alrededor del altar y los fieles inmediatamente detrás nuestro, juntos en el mismo y bello espacio.

Esta estructura de la capilla y todo el área de entrada nos pone en contacto directo y personal con la gente que quiere acudir a nuestra liturgia a diario, y que son particularmente numerosos en los días festivos.

Además, nuestro monasterio carece de una hospedería separada, pero hemos adaptado para ello el ático de una de las alas del edificio. Los huéspedes que pasan la noche con nosotras pueden llegar a sus habitaciones sólo a través del vestíbulo y la escalera que, estrictamente hablando están dentro de la clausura. Por eso es inevitable que nos encontremos con huéspedes e intercambiamos con ellos algunas palabras.

Este es el segundo y muy significativo cambio: La clausura ha perdido un significado exterior y material, y simultáneamente se ha hecho más importante para nuestra vida personal interna. La clausura ofrece protección frente a las numerosas influencias de la actividad diario del entorno. Puede ayudar a encontrarse en lo esencial, la oración. Sin embargo esta separación material también puede hacernos perezosas e indolentes en lo espiritual. Porque cuando estoy automáticamente protegida de la confusión y llamadas de fuera, ya no hago mayores esfuerzos por el recogimiento. Descuido el esfuerzo interior por mantener la serenidad, al tiempo que tengo una paz externa aparentemente sin esfuerzo. Ahí está entonces el gran peligro, que, incluso de la más estricta clausura, abandone y olvide la verdadera oración del corazón.

Si esta separación material, exterior, se hace permeable al mundo, seré enteramente responsable de mi propia clausura. Nuestro saludo y despedida matinal con los que acuden a nuestra liturgia es personal y amistosa, pero también sobria y breve. Debería resultar completamente claro para la gente que pasa junto a mí que yo no soy un individuo privado, sino más bien que yo también pertenezco a otra esfera diferente de la existencia. Al estar en contacto con los visitantes y huéspedes he de desarrollar un signo interno de que pertenezco completamente a Dios y de que cultivo con asiduidad mi clausura interior, sin ninguna reja o muro que me ahorre esta responsabilidad. De esta forma, el valor espiritual de la clausura se me ha hecho más claro.

No hemos buscado ni planeado estos cambios en la clausura exterior. El cambio en nuestra comprensión de la clausura proviene del hecho de vernos enfrentadas a una nueva situación. Las circunstancias externas han

cambiado, y así nos hemos encontrado cara a cara con este desafío. En numerosos diálogos en Capítulo hemos debatido unas con otras sobre estas alteraciones en las condiciones de nuestra clausura, y llegamos a la conclusión de que este reto era también una llamada de Dios para nosotras.

Pero, ¿por qué Dios nos ha llevado por este camino en el cual debemos abrir ampliamente no sólo nuestras zonas de entrada y nuestra capilla, así como nuestros locutorios, sino también nuestros corazones?

Desde la Reforma, los católicos están en una situación de diáspora en el Norte de Alemania. Como en todo el oeste de Europa, esta zona es también marcadamente post-cristiana. El estado federal de la Baja Sajonia, en el que ahora vivimos, tiene aproximadamente 8 millones de habitantes. Alrededor del 30 % de la población de nuestro estado federal son todavía cristianos protestantes. Sólo el 18 % de los habitantes son católicos (cerca de un millón y medio). De este 18 % sólo alrededor del 14 % (¡aproximadamente 210.000!) son católicos practicantes, acudiendo a la Misa y participando en la vida de la comunidad parroquial. ¡Es un rebaño muy pequeño! Esto significa ya que una mayoría ha crecido sin ningún conocimiento sobre la fe cristiana, o solo con nociones vagas y superficiales de ella. Y por eso no podemos asumir o esperar que a nuestro alrededor se comprenda nuestra vida contemplativa. En nuestra zona no hay ni se vive una tradición católica o una piedad popular en la cual se dé por hecho el conocimiento sobre las “hermanas orantes” detrás de muros o rejas, considerando que esa vida religiosa es todavía un concepto y aquí la gente la asocia con la vida activa dedicada a buenas obras de una congregación apostólica.

La vida contemplativa es desconocida, exótica y extraña.

El obispo ha dado a conocer la fundación de nuestro monasterio a través de los medios y esto ha despertado la curiosidad de la gente. Por eso vinieron muchos grupos para conocer qué ocurría en Lage estos días. En los primeros 4 ó 5 años tuvimos alrededor de 60 de estos grupos por año. En concreto, esto significa conversaciones y encuentros con unas 1.000 o 1.500 personas al año. Con estos grupos también nos sentamos juntos en el locutorio en círculo, sin la separación de una reja u otra barrera.

En estos encuentros, con frecuencia intensos, hemos encontrado la respuesta a la pregunta de por qué Dios quería fundar nuestro monasterio.

Quizá ya la gente no sabe acerca de la fe cristiana, pero están buscando, buscando frecuentemente entre dudas y sin saber el qué. Pierden la paz con facilidad y sufren hambre espiritual, pero no saben qué es lo que desean.

Así como para nosotros, creyentes, la relación viva con Dios es indispensable y todo deriva del encuentro personal con Jesucristo, así el testimonio vivo de nuestra fe, hoy más que nunca, comienza solo a través del contacto humano, de las relaciones personales. Los encuentros juegan un papel central.

Quizás aquí radica una posible respuesta a la pregunta de por qué Dios nos ha conducido a una comprensión diferente de la clausura, por qué debemos abrir la puerta y el corazón al contacto real con la gente.

Para muchos de los visitantes de nuestro monasterio, sus encuentros y conversaciones con nosotras han supuesto la primera vez en sus vidas (i!!) que han tenido un contacto cercano o en que han hablado con alguien que cree en Dios, que reza y que sitúa la oración, la relación con Dios, en el

centro de su vida. Aquí el contacto humano directo y personal es indispensable.

Cuando despedimos a un grupo de visitantes y les acompañamos por el claustro hacia la puerta, muchos hacen alguna pregunta personal o alguna observación sobre lo que han percibido o sentido: “¿Visten siempre ese traje blanco?”, “El silencio aquí me hace bien”, “¿Qué hacen si tienen disputas y discrepancias?”, “Son tan felices”.

Después de una conversación en grupo una joven rompió a llorar y entonces dijo que ahora había conseguido encajar su concepto de la vida. Otro visitante me dijo personalmente: “Puedo permitirme lo que me apetezca y solo hago lo que quiero. Pero vivir como ustedes requiere coraje. Quizás ustedes son de verdad más libres que yo”.

Estas experiencias nos han dado qué pensar. Obviamente hay es tan importante como en los tiempos bíblicos para los creyentes cristianos ser realmente visibles, accesibles y abiertos al diálogo.

Nuestros monasterios siempre mantenían una relación viva con su entorno. No hacía falta decir que la gente sabía lo que era un monasterio, podían estar seguros de que allí se oraba por ellos, venían a nuestra puerta con obsequios y sostenían a la comunidad. Así las hermanas conocían a sus vecinos y sabían de sus problemas y necesidades, sus esperanzas y sus alegrías. Pero la gente, que ya no tiene ningún conocimiento de la fe, tampoco ya tiene noción de lo que es una comunidad religiosa, y siente poca inclinación a acercarse a un edificio que se llama a sí mismo un “monasterio”.

Si prosiguiéramos nuestra vida en Lage de la manera tradicional - clausura con muros y rejas que nos ocultan completamente del mundo- la gente no nos echaría de menos, no preguntaría sobre nosotras. ¡Dos mundos -uno dentro, cerrado, orientado hacia el cielo tras los muros, y uno fuera de los muros, arreglándoselas sin Dios- llevarían vidas paralelas que nunca se encuentran!

Esto es solo un ejemplo de las muchas posibilidades que hay de cómo abrirse al mundo y cómo el encuentro con la gente puede realizarse en nuestro tiempo. Nuestra clausura no ha sido abolida, más que nunca valoramos y necesitamos el espacio en el que conscientemente nos retiramos y en donde encauzamos la vida común, la oración, el trabajo y el estudio. Pero la clausura es sólo uno de los medios que nos ayudan a la oración, y somos conscientes de nuestro tiempo post-cristiano que nos puede enseñar a descubrir nuevas posibilidades y ocasiones de contacto con la gente.

Durante el trabajo en este tema reuní unas pocas citas de nuestras Constituciones y traté de esquematizar la estructura de los contenidos de la primera sección en un diagrama. En este, el valor real de la clausura, situada en el contexto del esquema general de nuestra forma de vida, se ve claramente.

LCM nº 7: *...“es muy importante la participación unánime de todas en el régimen del monasterio...”*

LCM nº 14: *“En las diversas relaciones del monasterio con los que viven a su alrededor, con los huéspedes y con los que a él acuden, resplandezca la caridad que une a las monjas con todos, en su vida de retiro”*

LCM nº 35: *“... las hermanas en la clausura se consagran totalmente a Dios, y, al mismo tiempo, perpetúan el carisma especial que el bienaventurado Padre tuvo para con los pecadores, los pobres y los afligidos, llevándolos en el sagrario íntimo de su compasión”.*

LCM nº 97/II: *“Cristo es la Palabra de Dios. Le escuchamos en la Sagrada Escritura... Le escuchamos en la voz de la Iglesia..., en los sacramentos de la fe, en la enseñanza de los Pastores, en el ejemplo de los santos; le escuchamos cuando el mundo y nuestros hermanos reclaman nuestra caridad. Porque uno solo es el Espíritu de Cristo, que adapta íntimamente a sus inspiraciones nuestros oídos espirituales”.*

LCM nº 181: *“Es conveniente, según es espíritu del Santo Padre Domingo, que las monjas, como los frailes, tomen parte conscientemente en el propio régimen... Esta responsabilidad... se ha de promover entre las monjas, así como la conciencia de la auténtica vocación y de la función especial en la Orden, y también el compromiso de promover la vida contemplativa dominicana según las circunstancias de cualquier tiempo”.*

Constituciones de las Monjas (LCM) Distinción I - Sección I

El Seguimiento de Cristo

*(LCM, Sección I: Capítulo I - IV: los **elementos** de nuestra vida dominicana)*

Consagración religiosa Oración Estudio Trabajo

*(LCM 35/II : los **medios** de nuestra vida dominicana)*

- Vida común
- Obediencia
- Pobreza
- Castidad
- Observancia regular / Observancia religiosa

Clausura. Silencio. La celda. La mesa. El hábito. Obras de penitencia.
Capítulo regular.

Original: Inglés